



El príncipe de las pulgas

Cristina Rebull

Ilustraciones
Samuel Castaño

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com/mx

*Para mi hermana querida Arlene
y sus dos hijos: Ian y Crister,
mis sobrinos amados.*

*Para María Amalia, quien me ayuda
a navegar y sobrevivir mis silencios.*

*Para Jenny, quien jugó con Tristán
cuando ambos eran un par de pulgas.*

*Siempre para Iliana, quien cuidó
de Tristán hasta el último segundo.
Para Tristán, el príncipe de las pulgas.*

Índice



Antes de la tarde primera.....	11
Tarde primera	23
Tarde segunda.....	35
Tarde tercera	51
Tarde cuarta	55
Tarde quinta.....	71
Tarde sexta	79
Tarde séptima	89
Tarde octava.....	109
Tarde novena	117
Después de la última tarde	121



Antes de la tarde primera

—¡Rápido! ¡Alguien que lo ayude! —grité y corrí como un perro loco por la orilla del río—. ¡Alguien que lo ayude! ¡Se lo lleva la corriente!

Unos jóvenes que estaban en el parque, sin saber de dónde salían los gritos, se lanzaron al agua para sacarlo.

Minutos después, lo llevaron a tierra firme. Él dio las gracias, se alejó cabizbajo hacia el tronco seco del árbol, y se acomodó exactamente en el mismo lugar donde tantas veces yo había dormido en los últimos meses.

Estaba empapado y temblaba de frío. Cerró los ojos y empezó a sollozar.

Arturo no es exactamente un héroe de películas. Es delgado, cascarrabias, paliducho y no tiene mucho más de diez años.

—¿Te sientes mejor? —dije.

Arturo se quitó rápido las manos de la cara y buscó la voz. No vio a nadie, se limpió las lágrimas y se sopló la nariz con una manga de la camisa.

Entonces, me descubrió.

Di uno, dos, tres pasos hacia él, pero me echó con ese chasquido desagradable que todos hacen para alejar a un perro callejero.

—No seas tonto. —Me acerqué un poco más—. Si no fuera por mí a estas horas estarías flotando corriente abajo.





Arturo se incorporó asustado, me miró y salió corriendo.

Lo seguí.

—¡No corras, Arturo! ¡Necesito hablarte! —Para un perro, correr y gritar sin morderse la lengua es algo difícil—. ¡Sé quién eres! ¡Necesito que me ayudes a escribir una carta y que la envíes a Santiago de Chile!

El jovencito se detuvo tieso como una estaca.

Un segundo después hizo un giro brusco hacia mí, me miró con los ojos bien abiertos y soltó:

—¡Caracoles de humo, esto es loquísimo! Que los perros no hablan, socio.



Sin dejarlo reaccionar me enredé entre sus piernas para obligarlo a caminar hacia el tronco seco del árbol y le pregunté por sus padres.

—¿Mis padres? —decía tratando de no caerse—. ¿Me preguntas por las lagartijas verdes intergalácticas? ¿Cómo conoces a mis padres? ¡Mis padres son loquísimos y no entienden ni jota frita de la vidísima!

Arturo andaba en el asunto de no quererse bañar todos los días, estudiar poco, usar los tenis apestosos, los dientes asquerositos y dejarse el pelo largo, pero sus padres eran dos personas encantadoras que solo deseaban lo mejor para él.

—Estás loquísimo, socio. Nunca vi a un perro tratando de escribir una carta, y mucho menos queriendo mandarla a otro lugar del mundísimo.

—¡Tampoco lo escuchaste hablar! —le respondí intentando no perder la paciencia—. Yo no puedo escribir. Te dictaré.

Arturo se puso de pie y salió caminando como si yo no existiera.

Lo dejé ir.

Me había equivocado en mi elección y todo era un fracaso.

Ya iba a dar una vuelta sobre mis patas cuando lo escuché balbucear algo sobre su mochila.

—Está detrás del tronco seco del árbol —dije—. La agarré antes de que resbalaras.

—Yo no resbalé —susurró con la voz entrecortada y me miró.

—Sí resbalaste. —Le sostuve la mirada—. Estabas jugando con la idea de lanzarte al río y resbalaste.

Arturo quería hacerse el fuerte, pero era tan frágil como un cachorro. Le expliqué que a los diez años todavía no se sabe la maravilla que es la vida, que tenía el mundo por delante y que estaba en la edad de creer que se lo sabía todo. Entonces arrancó furioso unas cuantas yerbas, pateó la tierra, lanzó piedras, no paraba de decir bobadas y yo decidí alejarme y dejarlo solo con su ataque de malcriadez.

—¡Eres un perro pesadísimo, socio! ¡Quién te crees que eres! —Escuchaba a mis espaldas—. ¡Ni siquiera me has dicho cómo te llamas, si es que te llamas de alguna forma! —gritaba tratando de retenerme—. ¡No tengo por qué creer en nada de esto! —Casi me detengo—. ¡Puedo